UNA TARDE EN CANCÚN

*Armando Pereira**

*Para Ana, mi hija,
que, como su abuela,
siempre le tuvo una extraña fobia al mar*

Llegamos el lunes a mediodía. El sol caía a plomo sobre el asfalto, y el calor subía desde el piso y se derramaba desde el cielo hasta crear una masa densa, amorfa, irrespirable, que parecía querer asfixiar a los que habitábamos la zona intermedia. Esa fue la primera sensación que tuvimos al salir de las salas refrigeradas del aeropuerto a buscar un taxi. En menos de media hora, estábamos en el hotel: una habitación en el séptimo piso, con un balcón volado sobre la playa, donde podíamos tomarnos un whisky a la caída de la tarde y contemplar el interminable reventar de las olas sobre la arena.

Pasamos el día en la playa, a la sombra de una palapa, bebiendo una cerveza detrás de otra. En algún momento, hace nueve o diez años, dejó de gustarme el mar. Quiero ser preciso: no es que no me guste, me gusta contemplarlo, verlo de lejos, con una cerveza en la mano. Pero no me internaría nunca en él; tampoco en una maldita alberca. Si vengo a la playa, es para beber cerveza y leer algún libro sin que nadie me interrumpa, ni la lectura ni la cerveza. Afortunadamente, mi hija salió un poco a mí (mi mujer dice que la hice a mi imagen y semejanza, que le robé a su hija): a ella tampoco le gusta meterse al mar, ni a las albercas llenas de niños y de pelotas y de padres que persiguen a las pelotas para devolvérselas a los niños que vuelven a arrojarlas todavía más lejos.

*Centro de Estudios Literarios, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

Mi hija leía *Vanity Fair*, un artículo que aseguraba que Van Gogh no se había suicidado en Auvers-sur-Oise, sino que lo había matado una banda de energúmenos con un disparo en el vientre. Yo llevaba un libro de Clarice Linspector (*Lazos de familia*), que al tercer cuento (“Una gallina”) me aburrió tanto como un domingo por la tarde sin televisión. Y tuve que subir al cuarto a buscar a Lévi-Strauss (*Anthropologie structurale*), que a las treinta o cuarenta páginas también me aburrió. Se lo dije a mi hija.

—Tendrás que prestarme algún ejemplar de los *Vanity Fair* que trajiste. No tengo ninguna otra cosa que leer. Y en treinta kilómetros a la redonda, al menos, no creo que haya algún amago de librería.

—Te traje los *New Yorker* que me pediste que te consiguiera en México. Si quieres subo a buscarlos —me propuso.

—Prefiero hablar contigo, ya leeré esta noche o mañana al volver a la playa. El problema de estos lugares es que solo puedes leer o beber cerveza.

—Tú ya no hablas con nadie, papá. ¿Por qué quieres ahora hablar conmigo?

—Tal vez por eso; porque eres la única persona con la que puedo hablar.

—A mí me gusta hablar contigo, papá. Quizá porque cuando hablas conmigo parece que no hablaras con nadie. Elaboras una teoría detrás de otra, sin importarte demasiado si alguien te escucha.

“Hablo contigo, aunque mire al vacío. Eres la única persona que me queda aquí, y no quiero a nadie más. Tú me llevas a la playa, a Nueva Orleans, a París... Compartimos tantas cosas.

“Un día me dijiste que yo era tu Antígona. Aunque no vivimos en Tebas, sino en la Ciudad de México. A pesar de todo, yo he cumplido fielmente con el papel que me asignaste: soy la hija de un rey destronado y me dedico a llevarlo por el mundo para que se distraiga.”

—Antígona no sacaba a su padre a distraerse, sino a pedir limosna para sobrevivir.

—Tú no tienes que pedir limosna. Tú tienes el dinero suficiente para pagarte el mejor hotel de Cancún y beber cerveza todo el día.

—A propósito, hace un buen rato que no veo al mesero por aquí. Por qué no nos vamos al bar y nos pasamos al vino. Un buen vino blanco, un

Chardonay o un Albariño, por ejemplo. Además, también podríamos comer algo.

Susana se encargó de los libros y las revistas, mientras yo recogía las toallas. El bar estaba a unos cuarenta o cincuenta metros de la zona de palapas donde habíamos pasado la tarde, cuarenta o cincuenta metros que bien pueden volverse el doble si tienes que cruzarlos bajo el sol calcinante de ese verano en una playa del Caribe. Pero los cruzamos con la misma decisión y entereza con la que los ejércitos aqueos cruzaron el Mediterráneo rumbo a Troya. Nuestro objetivo no era conquistar una ciudad amurallada, sino conquistar una mesa decente en el bar que a esa hora de la tarde debía estar abarrotado. No iba a sentarme en la barra, como a Susana le gustaba; quería una mesa con sillones cómodos y una botella de un buen vino helado.

No tuvimos que conquistar nada. Al entrar al bar, en la zona más apartada de la barra, había una mesa solitaria, triste, olvidada, esperándonos. Nos sentamos cómodamente en los sillones y encendí un cigarrillo. A los pocos minutos, una figura pequeña, regordeta, morena, como emergida de pronto del subsuelo de Tulún, se detuvo junto a nuestra mesa y con una amabilidad desbordante nos preguntó lo que deseábamos. Le dije que queríamos una botella de Chardonay bien fría.

—Lo prefiere chileno, argentino, mexicano...

—Lo prefiero francés.

—Como usted ordene, señor.

Lo vimos retirarse con premura. Y en ese instante estuve seguro que la botella no tardaría ni cinco minutos en llegar. La eficiencia turística del mexicano, pensé, está muy por encima que la de cualquier país desarrollado (y no desarrollado). En cuanto se fue el mesero, miré a mi hija a los ojos, que me miraban con una dulzura intraducible, y le pregunté:

—¿Cómo distingues a unas personas de otras?

—¿A qué te refieres, papá?

—Mira, esa pareja que está pagando la cuenta y se retira dignamente de la barra son españoles.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque, cuando pasamos junto a ellos, los escuché hablar.

ARMANDO PEREIRA

—No te burles; no seas idiota.

—No me burlo. Dime: a tu izquierda, en unos sillones como los nuestros, hay otra pareja, que parece conversar animadamente, ¿de dónde son?

—¿Quieres que siga tu juego?

—Inténtalo. ¿De dónde son?

—Son franceses.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cuando pasé junto a ellos los escuché hablar.

—No. De verdad, ¿cómo lo sabes?

—Porque beben vino y no cerveza como los gringos; porque, a pesar de su ropa sport, están muy bien vestidos; porque hablan en voz baja; porque no se ríen a carcajadas; porque se miran a los ojos.

—Me has convencido. Estoy seguro que deben ser franceses. ¿Te has dado cuenta que cualquier hotel de Cancún se ha vuelto una nueva Babel?

—También hay árabes e hindús y chinos —dijo ella—. En este pequeño espacio (me refiero al bar), se mezclan todas lenguas y las religiones y las razas. Y estamos en armonía.

—No te la creas. En cualquier momento, después de unos tragos más, se arma la de San Quintín. Pero no me preocupa eso; lo que me importa es tu enorme capacidad de observación. ¿De dónde la sacaste?

—Supongo que de ti, ¿de quién más podía sacarla?

—De tu madre, quizá.

Pero ella ya no alcanzó a responder. El mesero, como un monolito de piedra entre gris y verde, se había detenido ante nosotros, depositaba la botella en una cubeta con hielo y un par de copas sobre la mesa, y nos preguntaba si necesitábamos algo más. Miré a Susana a los ojos, que eran de una inocencia incalculable, y me sonrió. Pedí algo para picar: unos camarones, y unos ostiones en su concha. De lo contrario, llegaríamos un poco entonados a la cena. Cuando el mesero se fue, ella dijo:

—Mi madre siempre dijo que yo había sido obra tuya, que tú me habías hecho un monstruo.

—¿Te sientes un monstruo?

—A veces un poco, papá. No me entiendo con los chicos de mi edad. Me siento como una mujer de treinta años rodeada de adolescentes. Como Blancanieves y su pandilla de enanos.

—Lo único que siempre intenté fue que disfrutaras de lo que a mí me gustaba. ¿Te parece un pecado, una monstruosidad?

—Quizá no, pero me hiciste vivir un mundo que ninguna chica de mi edad ha vivido.

—Fantasías, imaginación, ilusiones...

—Todo lo contrario: ciudades, por ejemplo, y no me refiero a las habituales: Madrid, Nueva York, Londres, Roma, París, sino a las menos predecibles: Praga, Budapest, Estambul, Marrakesch... Y tú lo sabías todo de cada una de esas ciudades, hablabas incluso sus idiomas.

—No exageres, no hablo árabe, tampoco checo, ni húngaro.

—Sabes a lo que me refiero —dijo llevándose un camarón con mayonesa a la boca—. Lo mismo pasó con los libros, con el cine, con la pintura.

—¿Te arrepientes de todo eso?

—Al contrario, te lo agradezco. Pero cuando hablo de Hemingway, de Fitzgerald, de Camus o de Kundera, mis amigos abren los ojos como platos, como si hubiera sido abducida y estuviera pronunciando nombres de extraterrestres. Lo mismo me ocurre si digo Renoir, Delaunay, Chagal o Kandinsky. Ponen cara de What? Y se echan a reír.

—¿Y por qué tú no te ríes igual?

—Igual me río con ellos, pero por dentro no me río. Solo los miro como si viera una película cómica que en el fondo produce tristeza. O un cuadro de Magritte en donde todo —la luz, la sombra, el árbol, el farol, la casa— está equivocado.

—Dime una cosa —dije, llevándome la copa de vino a los labios—. De todas esas experiencias, ¿cuál te ha gustado más?, ¿con cuál te quedarías?

La vi llevarse la copa a los labios también y mirarme a los ojos con una mirada empavorecida.

—No me pidas eso, no podría elegir.

—Una, solo una.

—¿Sigues con tu juego?

—Digamos que sí.

—La pintura.

—¿Por qué la pintura?

—No lo sé. Un libro o una película te confrontan con emociones fuertes: amores, odios, despedidas, tristezas infinitas, en las que nunca he creído o nunca he sentido realmente. Un cuadro, en cambio, no te exige ninguna de esas emociones que me parecen banales, aunque te permite ingresar en él y quedarte en él incluso después de que abandonas el museo. Por eso me gusta, cuando salimos del museo, que siempre me invites a tomar una cerveza.

—Porque te gusta la cerveza.

—Porque me gusta permanecer en el cuadro. ¿Sabes?, eso no me ocurre con todos los pintores, pero sí con Monet, con Turner. Después de verlos, cuando salgo a la calle, de pronto todo lo que me rodea me parece tan gris, tan pobre, tan insignificante, que me gusta sentarme contigo en la terraza de algún bar cercano a tomarnos una cerveza y a seguir contemplando a Monet, a Turner.

—Por eso te quedas en silencio durante la primera cerveza.

—Y durante la segunda. ¿Te acuerdas cuando fuimos a la casa de Monet en Giverny?

—Estabas entusiasmada.

—Pero no tanto por los jardines mismos, ni por el puente chino, ni por los nenúfares, sino por lo que había hecho con ellos en sus cuadros. En los jardines de la casa (y no digo que no me hayan gustado), todo era más pequeño y enjuto, predecible; en sus cuadros, en cambio, ese mismo paisaje se abre al infinito, es el mundo entero; al menos, el mundo que a mí me habría gustado habitar.

—Un mundo en silencio, de colores difusos, de formas imprecisas, inacabadas, y la total ausencia del hombre.

—Los hombres hacemos demasiado ruido, lo manchamos todo con nuestra grosera presencia. ¿Te imaginas esta playa sin bañistas, solo con el lejano rumor del mar?

—Creo que estás haciendo una excesiva apología de la naturaleza. Y a mí la naturaleza me aburre.

—A ti te aburre todo lo que no sea un libro.

—Tú nunca me aburres. Al contrario, me permites olvidarme de todo lo que no sea nuestra conversación, que nunca termina. Olvidarme de la gente que nos rodea, de los libros que leo... También de la naturaleza.

¿Sabes?, a veces pienso que solo existo en nuestra conversación, que fuera de ella no soy nada; a lo sumo, una mancha gris, intrusa, que se desvanece en un cuadro que no me necesita.

—Voy a decirte una cosa que nunca te he dicho antes, papá, a veces no sé con quien hablas. Me has convertido en un personaje más en todo lo que escribes y, cuando conversamos, nunca estoy segura si hablas conmigo o con ese personaje que has hecho de mí.

—Algunas veces, yo tampoco estoy seguro. Me pasa un poco lo que a ti: me gusta más el cuadro (o el libro) que el mundo que me rodea.

—Mamá tenía razón: soy tu invención. Fuera de la imagen que te has construido de mí, no soy nada para ti.

—Tal vez solo esa imagen que ha terminado convirtiéndose en realidad y ahora está sentada frente a mí. Anda, tómate lo que queda del vino y subamos al cuarto a darnos un baño. Ve pensando en lo que quieres cenar esta noche.

Pagué la cuenta y subimos en el elevador hasta el último piso del hotel. Atravesábamos el largo pasillo que debía llevarnos hasta nuestra habitación, cuando descubrí la máquina de hielo.

—¿No se te antoja un whisky en el balcón antes de darnos un baño y bajar a cenar?

—Yo ya bebí demasiado esta tarde. Tómatelo tú, si tienes ganas; yo me reservo para la cena.

Así lo hice. Busqué la cubeta de plástico en una de las mesas del cuarto, volví a la *Ice machine Styron and bros.*, apreté un botón y vi cómo, por un artificio mecánico que nunca lograría comprender pero que siempre agradecería, el recipiente se llenaba de hielo. Con la sensación del deber cumplido, regresé contento a la habitación, me serví un vaso de whisky hasta el borde y salí al balcón a fumarme un cigarrillo, mientras mi hija se echaba en la cama y encendía la televisión. Me había llevado también uno de los ejemplares del *New Yorker*, elegido al azar, para leer un rato mientras Susana se daba un baño y se arreglaba. Le di un trago al vaso de Whisky, encendí el cigarrillo y me dispuse a buscar algún artículo que me interesara (o al menos me entretuviera) en las páginas de la revista. No tuve que buscar demasiado, enseguida me atrajo un título: “Lost in Syria”, y me dispuse a leerlo.

Erick Harroun había sido uno de tantos soldados americanos que habían quedado atrapados en las guerras del Medio Oriente. Desde el 2003, como veterano de guerra ya separado del U.S. Army, había viajado, saltando de un país a otro, desde el Líbano hasta Tailandia y desde Tailandia hasta el Líbano más de una vez. Ahora (2012) se encontraba en Siria, decidido a unirse al Free Syrian Army para combatir contra el dictador Bashar al-Assad. “The atrocities that were being committed by that totalitarian regime, it made me mad”, declaró Harroun tiempo después. Un año más tarde, la situación en Siria se había vuelto imposible, un caos difícilmente comprensible para una mentalidad medianamente racional. A principios de 2013, David Sheed, director de la Defense Intelligence Agency, estimaba que al menos 1,200 grupos, muchos de ellos de ideas extremistas, combatían en Siria, entre ellos Jabhat al-Nusra, afiliado a Al Qaeda. Somar Rahmooní, un sargento del Syrian Army que desertó en 2012, declaró en una entrevista con Nicholas Schmidle, autor del artículo: “You don’t know who’s loyal to whom anymore”.

Harroun fue una de tantas víctimas de este ambiente de caos y confusión que recorría al país y a cada uno de los combatientes que creían luchar contra el dictador. Sin saberlo, se había unido, después de pasar de una guerrilla a otra, a al-Nusra, grupo armado al que el Departamento de Estado Norteamericano tenía clasificado como una organización terrorista. Sin saberlo, ahora combatía contra los aliados de su propio país; era, por lo tanto, un enemigo de Estados Unidos. Había aparecido incluso en uno de los videos de Al Qaeda, en donde se asesinaba, frente a las cámaras, a uno de los rehenes. Cuando oscuramente Harroun intuyó el error en el que quizá podía haber incurrido, se entregó al consulado norteamericano en Estambul. Si Harroun era condenado, en la corte de justicia norteamericana, por “alta traición a la patria”, seguramente tendría que enfrentar la pena de muerte.

¿Qué había llevado a Harroun a abandonarse a ese dislate de equívocos, a esa pifia de autoengaños, a esa aberración de opciones o elecciones que había sido su vida desde que abandonó el ejército norteamericano y que consistía en matar o exponer su vida a cada minuto?

Dejé un instante la pregunta en el aire y volví a contemplar el mar, la tarde que comenzaba a desaparecer en el crepúsculo, cuyos tonos oscilaban

del naranja al malva. La playa comenzaba a despoblarse, los bañistas recogían sus toallas y volvían despacio, tal vez un poco cansados o derrotados por un largo día de sol y mar y arena. Solo algún recalitrante permanecía entre las olas, esperando que la última línea de luz desapareciera del horizonte, como el soldado que se niega a abandonar la trinchera aun después de concluida la batalla. Decidí que nada de eso me interesaba lo suficiente, y volví a la lectura.

La respuesta a la pregunta que acababa de formularme no provendría de Erick Harroun, personaje central de este reportaje, sino de Anthony Loyd, corresponsal de guerra del *London Times*, en un artículo titulado “My war gone by, I miss it so”, del que Nicholas Schmidle cita un largo fragmento. Allí, Loyd no solo explora la adicción a la guerra, sino las adicciones subsecuentes que se derivan de ella en tiempos de paz, concretamente la adicción a la heroína, no solo entre los combatientes retirados, sino en aquellos sujetos que de una u otra forma han participado también en la guerra. Y llega a una conclusión que a muchos podría parecerles al menos inesperada: “The shrink is right: I feel sane as anything in war. It is peace I have got the problem with”.

Y en realidad, aunque resulte paradójico, la guerra, cualquier guerra (el matrimonio, por ejemplo), nos sitúa en un estado de alerta constante que nos permite sentirnos vivos, que le da un sentido inmediato y urgente a la vida. La paz, en cambio, nos hunde de pronto insensiblemente en el aburrimiento, en el que desaparece todo sentido y del que ya no sabemos cómo escapar. A ese estado lo llama Loyd “post-traumatic stress”, que solo el alcohol, la heroína o cualquier otra droga nos permite soportar.

Erick Harroun fue detenido en abril de 2013, a las puertas del consulado americano en Estambul, al que, confuso, desorientado, aturdido, se había acercado buscando refugio a una situación que había terminado rebasándolo por completo. No sabía ya quién era, ni a favor de quién o contra quién había combatido. No sabía tampoco si con aquel acto solo buscaba inmortalarse. Fue remitido a Estados Unidos y encarcelado, durante seis meses, en confinamiento solitario, en una sórdida prisión de Alexandria, Virginia. Sobre su cabeza pesaba, como espada de Damocles, la pena de muerte.

ARMANDO PEREIRA

Su repentina e inesperada liberación, seis meses después, se debió a un acuerdo con el FBI. Harroun se comprometía a compartir toda la información de que disponía sobre los grupos terroristas que combatían no solo en Siria, sino también en otras regiones del Medio Oriente. El acuerdo contemplaba la denuncia explícita de los líderes de esos grupos, del armamento de que disponían, de sus estrategias militares, pero sobre todo de los jóvenes norteamericanos y europeos reclutados por al-Nusra y Al Qaeda.

El 19 de septiembre de 2013, Harroun salió de la cárcel y se dirigió directamente a la estación de la Greyhound con el objeto de comprar un boleto con destino a Arizona. No solo compraría el boleto, sino también una buena dosis de heroína que le permitiría “face his demons”, y que desde entonces se convertiría en su fiel compañera para soportar los meses que (él no lo sabía) le quedaban de vida. Fueron meses de paz y aburrimiento extremo, de depresión, de sin sentido, en los que recordaba, con una nostalgia infinita, cada uno de sus combates. Una fría mañana de abril de 2014, Ann (su madre) y Sahara (su hermana) encontraron el cuerpo sin vida de Harroun en el piso de la habitación que rentaba en un departamento en Phoenix, Arizona. Solo lo acompañaban una cuchara, varias bolas de algodón, agujas y un encendedor sobre la mesa. La autopsia reveló altos niveles de heroína, alcohol, anfetaminas, metanfetaminas, codeína y otros antidepresivos como únicos habitantes de su cuerpo sin vida. Fue enterrado en un cementerio de Phoenix como héroe de guerra. En la lápida de su tumba, puede leerse:

ERICK G. HARROUN / PFC
US ARMY / JUN 11, 1982-APR 8, 2014
WORLD TRAVELER / ADVOCATE
FOR THE OPPRESSED.

Dejé la revista sobre la mesita de centro, le di un largo trago al vaso de whisky y busqué con la vista la línea del horizonte donde el mar y el cielo se confundían. Las últimas tonalidades entre el amarillo y el rojo se desvanecían, y solo una línea dorada se precipitaba hasta la franja

de espuma que dejaban las olas al romper contra la arena. Fue allí donde descubrí al hombre que nadaba más allá de la rompiente. Por momentos, se detenía y levantaba la mano haciéndole señas a un niño que lo contemplaba sentado desde la orilla. No había nadie más en la playa, solo ellos dos, que seguramente eran padre e hijo. El niño no tendría más de diez o doce años, y miraba, imperturbable, cómo su padre le hacía señas para que lo siguiera en su aventura natatoria del otro lado de la rompiente. No sabía quién de los dos terminaría imponiendo su voluntad sobre el otro, pero el niño parecía decidido a no moverse de la playa. Por lo visto, la aventura de su padre lo dejaba por completo indiferente. Decidí llamar a Susana para que construyéramos juntos, compartiendo conjeturas y posibilidades, la segunda parte de la historia.

Susana llegó arreglada ya para la cena y con un whisky en la mano. Se sentó a mi lado y optó inmediatamente por el niño.

—No puede ser tan tonto como para meterse al mar en la oscuridad de la noche.

El niño, sin embargo, se había puesto de pie y se acercaba ahora a la orilla, donde el mar acariciaba la arena con olas suaves y sucesivas. Pero tampoco hacía el menor intento para reunirse con su padre. El padre, en cambio, seguía llamándolo con la mano insistentemente: enérgico, terco, virulento, como si lo retara, como si no soportara la debilidad de su hijo. Seguramente no quería a un niño timorato, blandengue, cagueta. Seguramente quería hacer de él “todo un hombre”.

—No soporto a los machos —dijo Susana de pronto, como si respondiera al hilo de mi pensamiento.

Últimamente eso nos ocurría con bastante frecuencia, como si existiera una suerte de telepatía entre los dos. Comenzó con el teléfono: bastaba con que se me ocurriera la idea de llamarla para que mi teléfono sonara de pronto y escuchara su voz al otro lado de la línea. Y luego se extendió a nuestras conversaciones: mi silencio repentino o el suyo era una especie de silencio parlanchín, hablaba más fuerte que cualquier palabra. La conversación se reanudaba siempre no a partir de lo que el otro había dicho antes, sino de lo que en ese momento estaba pensando en silencio. Como si mutuamente nos leyéramos la mente.

—Está obligando al hijo a hacer algo que el niño no quiere hacer. Está obligándolo a ser valiente, a ser todo un hombrecito. Me gusta la gente que tiene miedo —dijo ella.

Ahora los gestos de la mano habían perdido su vehemencia. Con movimientos más lentos aunque persistentes, la mano seguía pidiéndole al niño que se metiera al mar, que nadara hasta la rompiente, que la cruzara atravesando la cresta de las olas. Su padre lo esperaba del otro lado, el hijo no podía fallarle. Pero el niño no parecía decidido a obedecer las exigencias del padre, no se movía, solo lo contemplaba desde lejos, como se contempla a un barco que se interna en el mar.

—¿Por qué el orgullo de un padre radica en la valentía del hijo, en su intrepidez, en enfrentar el peligro, en no tenerle miedo a nada? ¿Por qué un padre no acepta el miedo del hijo?

—No lo sé Susana, yo nunca tuve un hijo.

—¿Te arrepientes?

—Al contrario, yo siempre quise una hija. Te quise a ti. Y no quise tener otro hijo, porque tú me bastabas. Aunque no fueras valiente, aunque no te gustara el mar...

—Mira, la mano ya no hace señas, se ha detenido.

Y era cierto. Ahora, más que invitar al niño a que se metiera al mar, a que nadara hasta la rompiente, parecía detenerlo. Parecía decirle: no vengas, no se te ocurra. Por momentos, la cabeza que acompañaba a la mano desaparecía un instante bajo las olas, y solo quedaba la mano en alto, tiesa, inmóvil, con los dedos abiertos, como tratando de detener cualquier imprudencia repentina del hijo.

—Está haciendo exactamente lo contrario de lo que hacía antes —continuó Susana—. Está deteniéndolo, diciéndole que no, que no haga caso, que no lo intente, como si solo quisiera protegerlo.

El niño no hacía ningún movimiento, ni en un sentido ni en otro. Parecía una estatua impertérrita, contemplando la oscuridad del mar, en la que solo se distinguían la cresta blanca de las olas y la mano tratando de contener cualquier movimiento imprudente. En ese instante no solo la cabeza, sino también la mano, desapareció bajo la fuerza de la marea, tan solo para emerger a la superficie un instante después. Ahora la mano volvía a moverse, pero con un movimiento distinto, se inclinaba hacia un lado y hacia el otro, una y otra vez.

—Creo que está despidiéndose, papá. Creo que está diciéndole adiós a su hijo.

El niño no contestaba el gesto del padre, no levantaba su mano, no movía un solo músculo de su cuerpo. Solo contemplaba lo inevitable. De pronto, la mano desapareció bajo las olas, pero esta vez para no reaparecer más. Después de unos minutos, la noche parecía haber recuperado su impasible serenidad, su enorme belleza. El niño le dio la espalda al mar y camino tranquilo hacia el edificio del hotel.

—Qué bonita es la noche, también el mar, sobre todo cuando no hay nadie que los perturbe —dijo Susana.

—Creo que tienes razón, la presencia del hombre afea el paisaje. ¿No tienes hambre?

—Me muero de hambre.

—¿Qué te parece una buena mariscada?

—Me parece excelente, pero en el Thai.

—La elección siempre será tuya: en el Thai.

Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido electrónico, sin permiso previo y por escrito de los editores.